

Túneles

Era fin de semana, una fría mañana de invierno y acababa de llegar de entrenar. Estaba cansada, pero me puse a recoger mi habitación. Doblabla la ropa que estaba encima de mi silla, hacía la cama, colocaba mis libros de clase... A la hora de recoger unos rotuladores azul y rosa que estaban en el suelo, encontré un misterioso agujero. No le di mucha importancia, pero la abertura cada vez se hacía más y más grande. Pasaban miles de preguntas por mi cabeza: ¿Por qué ha crecido de repente?, ¿cuánto tiempo lleva aquí?, ¿por qué está en mi habitación?, o ¿hacia dónde me conduciría? La única forma de responderlas era adentrándome en el extraño túnel.

Ya dentro no me podía poner de pie, solo cabía de rodillas y todo estaba muy oscuro. Era difícil orientarse y, además, había bichos correteando por el lugar. Después de veinte largos minutos gateando entre esas oscuras y húmedas paredes, vi un poco de luz, apresuré el paso y los pequeños charcos del suelo salpicaban. Entre tantos pensamientos que llenaban mi cabeza no me había dado cuenta de que ya estaba fuera.

El ambiente era familiar, me encontraba en una habitación llena de muebles antiguos y una única ventana que daba a una calle muy transitada. Atravesé la puerta y exploré la casa, no había nadie y ¿era igual que la mía!? Qué extraño, me dije, y bajando por unas escaleras llegué al exterior. En la calle observaba mujeres y hombres con prendas anticuadas y tiendas que en mi calle no existían. Pasé tiempo callejeando por allí y por allá ¡todo era tan conocido! Me senté en un banco frente al mar, a la vista estaba el faro de siempre y el puerto de siempre, pero algo era distinto. Ya no podía más, esto era un rompecabezas y le pregunté a un lugareño: Perdona, ¿Dónde me encuentro? Me miró extrañado, pero se decidió a responderme: Castro Urdiales, esto es Castro Urdiales. Se lo agradecí y se marchó. Ya está, grité como quien dijo Eureka, ¡estoy en el pasado! Pero me surgieron muchas más preguntas: ¿Por qué estoy en el pasado?, ¿cómo en un simple túnel puedo viajar en el tiempo?

La verdad es que, después de tanto pensar, me había entrado hambre. Paseando me encontré un quiosco, saqué unas monedas de mi bolsillo, que ahora eran pesetas, y entré en la tienda. Mientras compraba mis gominolas vi a un niño que tenía aspecto desamparado y, al parecer, estaba hambriento porque se acercó a pedirme una de las gominolas. Por supuesto acepté y decidí empezar una conversación. El niño parecía asustado al principio, pero cuando le hablé del futuro, del túnel y de todo lo que me había ocurrido, se levantó y comenzó a andar. Desconcertada le dije ¿a dónde vas? Al futuro, contestó el chico. Mi nuevo amigo me caía bien, corrí un poco para ponerme a su altura y volvimos al túnel.

Cuando llegamos a mi tiempo me moría de ganas por llamar a mi mejor amiga Ane, saqué el teléfono, pero de repente... el contacto no existía, no me preocupé, pensé que lo habría borrado por error. Caminamos por el Castro del presente, pero todo lo relacionado con Ane había desaparecido. Me di cuenta de que todo había sido una pésima idea, de que era una tonta. El pasado hace el presente, como siempre decía nuestra profesora de historia, en ese pensamiento estaba la solución. Tenía que devolver al chico al pasado, desesperada corrí hasta casa, abrí la puerta y subí las escaleras, pero el túnel no estaba. Mi compañero me calmó y me dijo que volviéramos al punto de partida, por donde habíamos aparecido: el cementerio.

Ni rastro del agujero, no sé porque habíamos aparecido allí, pero él y yo estábamos contemplando el mar en medio de un silencio impenetrable. De pronto, unas letras comenzaron a brillar en las lápidas, podrían decirnos algo, pero no sabía qué. El niño susurro M-A-R-Í-A. Ya lo sabía teníamos que ir a la Iglesia de Santa María. Rodeamos el pueblo, fue un silencioso trayecto, como todos los anteriores, solo le pregunté cómo se llamaba: si íbamos a salvar el mundo juntos quería saber cómo se llamaba. Me llamo Andrés, contestó, y sin darnos cuenta ya estábamos allí.

Ilusionados nos pusimos a buscar por cada esquina, cada piedra, cada baldosa, cada rincón. Cada vez con menos ánimos no sentamos en un pequeño y rocoso muro que daba al mar. Segundos más tarde ¡saltó una enorme ballena azul! Hacía años que no había ballenas en Castro. Esto me llevo a nuestro siguiente destino: El puerto, donde encontramos la estatua de un ballenero.

Allí no había nada, no había recovecos por los que buscar, únicamente la estatua de siempre, todo lo de siempre, menos Ane. Y solo con pensar en ella me derrumbé. Estaba de rodillas en el suelo llorando, Andrés se agachó para consolarme. No me quedaban ganas de buscar, ni para devolver a Andrés a su tiempo, ni para que todo volviera a ser como antes, pero entonces...El suelo comenzó a formar un enorme corazón. Escucha tu corazón. Lo que me conecta a este sitio es el mar: el movimiento de las olas, su infinidad en el horizonte, el cosquilleo del agua en los pies, los amaneceres, las puestas de sol, la felicidad y la paz. Corrí y mi amigo con una dudosa reacción me siguió. Estábamos en la playa de Brazomar con la respiración agitada observando el túnel. Estaba convencida, tenía que ser ese. ¿Y ahora qué? Me preguntó Andrés. Todo recto, no tiene perdida, le respondí. Y a la vez que desapareció Andrés, el túnel desapareció con él y todo volvió a ser como antes.